André Barde

EN FLAGRANTE DELITO

COMEDIA EN UN ACTO

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

EN FLAGRANTE DELITO

Es propiedad.
Prohibida la reproducción.
Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* y D. Julio Villeneau, Barcelona, son los encargados de conceder o negar el permiso de representación.
La misma *Sociedad de Autores Españoles* percibe los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

En flagrante delito

COMEDIA EN UN ACTO

de

ANDRÉ BARDE

TRADUCCIÓN

de

LUIS MILLÁ

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
CALLE CONDE DEL ASALTO, NÚM. 45
1914

PERSONAJES

—×—

LUCETA
ELENA
FERNANDO
GALLARDÓN
COMISARIO DE POLICÍA

La acción, en París. Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Habitación de hombre soltero. Puerta de entrada en el fondo derecha Otra puerta en el lateral derecha que conduce al interior. Cama en mitad del fondo. Sofá en primer término izquierda; detrás, tocador con cepillos, peines, perfumes, tohalla, etc. En la pared de la derecha, mesa con "étagère", botellas de licor, pastelillos, cigarrera y algún «bibelot» de gusto. Cuadros, sillas, perchero. Todo ello demuestra cierto buen gusto, sin llegar al gran lujo.

ESCENA PRIMERA

ERNANDO, con batín elegante, se halla en frente del tocador, raspándose las uñas con un raspador chiquito. Pausa. Suena el timbre de la puerta. En seguida ELENA.

ERNANDO Va al instante. (Se lava las manos, se atusa el cabello y se da con el pulverizador. Todo ello rápido. Va a abrir.) ¡Tú!

LENA Yo. (Que aparece vestida con elegante abrigo y sombrero con velo.) No me esperabas. ¿Verdad, nene mío, que no me esperabas?

ERNANDO ¿Esperarte? Siempre, alma mía.

LENA Un beso.

ERNANDO ¿A telón corrido? (Por el velo que cubre su rostro.)

LENA Como te haga más ilusión.

ERNANDO Como tú quieras.

LENA Beso de película. Así. (Echándose en sus brazos arqueando el cuerpo con coquetería.)

722256

FERNANDO De película. (Se besan.)
ELENA ¿Has recibido mi cartita azul?
FERNANDO La he recibido.
ELENA ¿Y qué me dices?
FERNANDO Que eres una hermosa locuela.
ELENA ¿Por qué?
FERNANDO Por muchas razones. (Mostrando una cartita azul.) Te dije que era conveniente no vernos por espacio de algunos días, y tú, a más de escribirme imprudentes misivas, vienes a verme en mi habitación de soltero. ¿No prueba esto una locura?
ELENA Lo que me dices es consecuencia de que ya no me amas.
FERNANDO ¡Vuelta a los celos!
ELENA No son celos, son evidencias. Ahora mismo te has vendido.
FERNANDO No sé...
ELENA Sí; me has besado a través del velo.
FERNANDO ¿Y qué?
ELENA Prueba de que vas alejando el contacto.
FERNANDO ¡Mujer!... ¿Pero es que olvidas lo que tenemos convenido?
ELENA No es necesario.
FERNANDO Más que necesario, es preciso.
ELENA También es necesario, cuando duele una muela, ir a casa del dentista para extraerla, pero muchas veces suele acontecer que asusta el procedimiento, y el paciente retrocede en la misma puerta del dentista.
FERNANDO ¡Vaya una comparación más peregrina!
ELENA Eso es lo que me sucede a mí. Me asusta el procedimiento que quieres emplear...
FERNANDO Pero es que de todo punto es preciso.
ELENA Repito que no veo la precisión.
FERNANDO ¿Que no? (Cogiéndola dulcemente por la cintura y conduciéndola al sofá.) Escucha, alma mía; escucha, atolondrada, y te convencerás. (Se sientan.) Vamos a ver: ¿Quién soy yo?
ELENA Mi amor.
FERNANDO Un hombre soltero que no puede casarse

contigo por la sencilla y poderosa razón de que tú ya estás casada con un...

ELENA Con un inspector de monumentos públicos, ya lo sabemos. Pero eso no impide que te quiera con toda mi alma.

FERNANDO Y yo con toda la mía. Resultado: dos almas que se adoran, pero que corren el grave peligro de verse sorprendidas en flagrante delito... de amor, en cuyo caso se pierde todo.

ELENA ¿Y quién ha de sorprendernos?

FERNANDO Tu marido.

ELENA ¡Bah! Mi señor esposo, el austero señor Gallardón, inspector de monumentos públicos, se halla de viaje. Esta noche no duerme en París.

FERNANDO ¡De viaje! El sistema de todos los maridos cuando intentan sorprender a sus mujeres, simular un viaje: recurso antiguo.

ELENA Es que le he visto yo misma subir al tren.

FERNANDO Pero no lo has visto bajar en la más próxima estación para presentarse aquí dentro de veinte minutos. (Consultando su reloj.)

ELENA ¿Tú crees?...

FERNANDO Estoy seguro de ello, segurísimo. Tu marido recela, tiene grandes sospechas. Sólo le falta la evidencia. Para destruir de una vez todos sus pensamientos de celos, he combinado mi plan. (Ella va a hablar.) Atiende; mira, aquí tienes copia de la carta que ayer le remití. (Lee.) «Señor Gallardón: Su bella esposa le engaña con un tal Fernando. Si quiere usted ver como le crecen a usted los cuernos, no tiene más que presentarse mañana, a las cinco de la tarde, calle Prony, 134, entresuelo de la derecha. Allí hallará usted a los autores en flagrante delito.—Un amigo desinteresado.» (Hablando.) Estas cartas siempre las firman los amigos desinteresados.

ELENA Sí, sí, pero...

FERNANDO Tu esposo vendrá a la hora fija, no me

cabe la menor duda. Penetrará aquí, atropellando por todo. ¡Ay de quien intente interponerse a su paso! Penetrará aquí, como ya he dicho, y me hallará abrazado a una mujer que no es la suya. ¡Gran sorpresa! Mil escusas, mil perdones, y en vista del engañoso anónimo, tarde volverá a sospechar de nosotros, aunque se lo juren delante de uno de esos monumentos de los que es celoso inspector. (Le da un beso.) ¿Qué me dices, amor mío?

ELENA Comprendo, sí, comprendo... Aquí lo malo es que tú, por espacio de una hora larga, muy larga, has de abrazar y besar a una mujer, y esa mujer no soy yo.

FERNANDO Claro que esa mujer no puedes ser tú. Ahí está la gracia.

ELENA Es esa una gracia que no me hace a mí gracia ninguna.

FERNANDO ¿Por qué?

ELENA Porque... ¿Quién es ella? ¿Quién es esa tapadera? La que ha de representar la comedia, vaya.

FERNANDO ¡Ah! Una cualquiera. La encontré ayer noche en el café Americán.

ELENA ¿Es joven?

FERNANDO No es vieja.

ELENA ¿Guapa?

FERNANDO No reparé en ello.

ELENA No es posible. Tú elegirías bien.

FERNANDO La primera que se me vino a mano.

ELENA ¿Y estás seguro de que vendrá?

FERNANDO Segurísimo. Le di a cuenta cincuenta francos.

ELENA ¿A qué hora ha de llegar?

FERNANDO Pronto. Dentro de pocos minutos.

ELENA ¿Y son para ella esos pastelillos y licores?

FERNANDO Naturalmente; era preciso preparar la *mise en scène.*

ELENA (Se levanta y va a la mesa.) Borgoña... Menta... Jerez...

FERNANDO De todo un poco.

ELENA Muy bien, muy bien... Decididamente me quedo.

FERNANDO ¿Te quedas? ¡Mujer, eso no es posible! Considera el peligro que corremos.

ELENA No hay más; me quedo. Me quedo, pero no aquí; en la sala inmediata. (A la derecha.) Yo no estoy tranquila. Yo quiero garantías de tu conducta durante una hora por lo menos.

FERNANDO Pero es que tu marido va a venir, y la menor imprudencia puede perdernos.

ELENA Yo me estaré quieta, quietecita, sin respirar apenas... Sin respirar, siempre y cuando tú no pases de los límites con la... la que... ya me entiendes.

FERNANDO Pero calcula que es preciso que tu marido me coja en flagrante delito con una mujer, y si tú...

ELENA Procura que sea lo menos flagrante posible.

FERNANDO Pero...

ELENA Nada: es mi decisión. Y, después de todo, no estará de más que yo conozca las mañas de que se valen esas lagartas para conquistar a los hombres.

FERNANDO ¡Vaya una curiosidad!

ELENA No es precisamente curiosidad, no. Es que te adoro y no quiero que a mi lado eches de menos a ninguna mujer del mundo. ¿Lo entiendes? A ninguna.

FERNANDO Elena...

ELENA Lo dicho, dicho. Desde esa habitación no te pierdo de vista.

FERNANDO Puesto que no hay medio de convencerte, preciso será de conformarse. Mira, en caso de que tu marido quiera reconocer la casa, la ventana es baja y puedes saltar a la calle fácilmente por ella.

ELENA Así lo haré. (Timbre en la puerta del fondo.)

FERNANDO Ella. Es puntual. Retírate.

ELENA Demasiada puntualidad, demasiada...

FERNANDO Aprisa.

ELENA Parece que tienes mucha más prisa tú que ella.

FERNANDO Elena, por Dios... No digas tonterías.

ELENA ¡Tonterías! Un beso. (De pronto.)

FERNANDO Un beso.

ELENA Sin el velo.

FERNANDO Sin el velo. (Se besan. Elena desaparece por la puerta de la derecha, que Fernando entorna. Vuelve a sonar el timbre.) Va al momento. (Vuelve a pulverizarse y a atusarse el cabello y va a abrir.)

ESCENA II

FERNANDO y LUCETTA, elegante y desenvuelta.

LUCETTA Aquí estoy yo.

FERNANDO Bien venida. ¡Eres puntual!

LUCETTA Por casualidad. Es decir, esta vez no casualidad, no. Ha sido deseo de volverte a ver lo más pronto posible.

FERNANDO Gracias por tu galantería.

LUCETTA La verdad. Ayer noche te vi en el Americán, por primera vez, y desde aquel momento no he dejado de pensar en ti. Eres mi tipo. ¿Por qué? No lo sé; lo cierto es que eres mi tipo, eso es todo. ¿No soy yo el tuyo? Debo serlo cuando entre las cien mujeres del Americán te dirigiste directamente a mí. ¿Razono bien?

FERNANDO Como un buzón de correos.

LUCETTA ¿Es eso un chiste?

FERNANDO No vale la pena; déjalo.

LUCETTA Lo que extrañé en ti fué esta cita para hoy y en tu casa. ¡Es cosa rara!

FERNANDO No. Mi familia se halla fuera... Estoy libre. Aquí nadie puede venir a estorbarnos. Tenemos todas las comodidades...

LUCETTA Sí, sí; por mi parte lo que quieras. Aquí, allá, donde sea, no importa; eres mi tipo.

FERNANDO Ya ves que en mí no hay engaño alguno. Te adelanté la mitad de lo convenido, y

ahora mismo voy a entregarte lo restante.

LUCETTA (Deteniéndole.) No hay prisa. Ante todo dame un beso. (Elisa tose dentro; para disimular, Fernando hace caer una silla en que se apoya.) ¡Eh! ¿Qué ruido es ese?

FERNANDO Nada, la silla que...

LUCETTA ¿No estamos solos?

FERNANDO Solos, sí... Solos si no contamos un gato que a lo mejor salta por sillas y mesas...

LUCETTA ¡Ah, tienes un gato!

FERNANDO O gata, no lo sé fijamente. (Consultando el reloj.) (Faltan quince minutos. Se acerca el momento.) ¿Por qué no te quitas el sombrero?

LUCETTA ¡Ay, por fin me dices que me quite algo! (Se lo quita, y al ir a colocarlo en el perchero repara en los pastelillos y botellas.) ¡Ola, ola! ¿Qué es ésto?

FERNANDO Ya lo ves... Unas golosinas.

LUCETTA ¿Para obsequiar a quién? ¿A mí?

FERNANDO ¿A quien, si no?

LUCETTA Te lo agradezco. Toma. (Le besa por sorpresa. El muéstrase receloso por la situación en que se halla; compréndase y ejecútese sin exagerar.) Verdaderamente eres mi tipo.

FERNANDO (Yo sudo.)

LUCETTA ¿Quieres desabrocharme estos corchetes de atrás?

FERNANDO Con mucho gusto. ¡Ya lo creo! (Ella se vuelve de espaldas; él se sienta y va desabrochando los corchetes del cuerpo.)

LUCETTA ¡No abuses, eh! que tengo muchas cosquillas.

FERNANDO No tengas miedo. ¡Bah! ya está.

LUCETTA ¡Uy, que bien! ¿Aquí suelen venir mujeres, es verdad?

FERNANDO No. ¿Por qué dices eso?

LUCETTA Porque estás muy práctico en el desabroche. (Se sienta sobre sus rodillas y va quitándose el cuerpo, quedándose con los brazos desnudos, mostrando su elegante corsé.)

FERNANDO ¡Ca! No vayas a creer...

LUCETTA Sí, tú te tratas con alguna mujer casada. Como si lo viera, una casada ruborosa en público y lujuriosa en privado; conozco la clase. ¡Qué rabia me dan a mí las mujeres casadas!

FERNANDO ¡Rabia! ¿Por qué razón?

LUCETTA Porque nos hacen la competencia, con gran desventaja por parte nuestra.

FERNANDO Claro; ni siquiera pagan contribución.

LUCETTA Ellas se entregan por vanidad y en perjuicio de tercera persona, a la cual ponen en ridículo: el marido. Yo, en cambio, ejerzo mi profesión honradamente y sin hipocresías. ¿Quieres que extienda mi opinión sobre las mujeres casadas?

FERNANDO ¡No! Ya basta con lo dicho.

LUCETTA ¿Quieres que te cuente mi historia?

FERNANDO No te molestes. ¿Para qué?

LUCETTA (Levantándose y quitándose la falda, quedando en elegante «desabillé», a gusto de la actriz.) Me haces el efecto de un señor que ha de tomar una purga por necesidad y no se atreve. ¡Qué desaborío eres, hijo!

FERNANDO Es mi carácter... Soy así.

LUCETTA Y así y todo eres mi tipo, no lo puedo remediar.

FERNANDO (¡Qué situación más violenta la mía! Faltan unos quince minutos y es preciso entretenerla sin que sospeche nada.) Vaya, ven, acércate; siéntate aquí. (En el sofá.) Cuéntame tu vida.

LUCETTA ¿Mi vida?

FERNANDO Sí. ¿Quieres echar un cigarrillo?

LUCETTA ¿Son perfumados?

FERNANDO Perfumados como para tí.

LUCETTA ¡Qué galante! ¡Qué obsequioso! (Encienden dos cigarrillos.)

FERNANDO Cuéntame, cuéntame tu vida: debe ser curiosa. (Así ganaremos tiempo gastando pólvora en salvas.)

LUCETTA ¿Mi vida? ¡Pse! Me levanto tarde, me acuesto temprano... de cinco a seis de la

madrugada. Al día siguiente lo mismo, y al otro igual.

FERNANDO No, no. Eso es poco. Tómalo de más lejos. Tiempo atrás, atrás.

LUCETTA ¡Ah, quieres saber mi historia! Como antes te la ofrecí y no querías...

FERNANDO Cuenta, cuenta.

LUCETTA Pues verás. Tendría yo quince años cuando, hallándome en Marsella...

FERNANDO Más lejos.

LUCETTA ¿Más lejos de Marsella?

FERNANDO Más lejos de tus quince años.

LUCETTA Doce años apenas contaba...

FERNANDO Más lejos.

LUCETTA Seis años o cosa así...

FERNANDO Más lejos.

LUCETTA ¿Más lejos todavía? A los tres meses de mi existencia tuvieron que cambiarme de nodriza porque mi señor papá...

FERNANDO Más lejos.

LUCETTA ¿Más? Faltaban nueve meses justos para ver la luz primera, cuando parece ser que mi señora mamá se fugó del hogar doméstico con un jefe de movimiento de la línea P. L. M. En París nací yo, y a los pocos días de mi natalicio el jefe de movimiento desapareció con una bailarina de la gran Opera.

FERNANDO ¡Ande el movimiento!

LUCETTA Pasó tiempo, tiempo... ¡Qué aprisa pasa el tiempo!

FERNANDO Sí, algunas veces pasa muy aprisa el tiempo. (Pero lo que es hoy... ni en carreta de bueyes.)

LUCETTA Mi madre y mi tía, junto con un hermanastro, vivían en...

FERNANDO Deja a un lado la familia. Háblame de ti, de tu vida íntima.

LUCETTA ¿De mi vida íntima, dices? ¿A qué edad?

FERNANDO A la que quieras.

LUCETTA A los quince abriles, como diría un poeta... ¿Te parece bien?

FERNANDO Sí: tus primeros amores.

LUCETTA ¿Amores? No los he tenido nunca.

FERNANDO ¿No? Pues entonces, cómo se explica que...

LUCETTA Verás. Estaba yo de aprendiza de modista en un taller de la calle de la Paz, cuando un día se me ocurrió ponerme un vestido que, para probarse otro, se había quitado una elegante señora en nuestro gabinete reservado. De pronto entró el acompañante de la señora, y, equivocándose por el color de la falda, me cogió por el talle y...

FERNANDO ¿Y qué?

LUCETTA ¡El gran escándalo, chico! Me echaron del taller. El caballero me protegió, me puso un hotelito en el barrio Latino, el barrio de los artistas, y me entregué al arte.

FERNANDO ¿Al arte de qué?

LUCETTA Al arte de divertirme. Esto disgustó a mi protector; troné con él, y me hice actriz dramática.

FERNANDO ¿Dramática, tú?

LUCETTA Sí. Pero después de mi debut me convencí de que no servía para el caso.

FERNANDO ¿Por qué razón?

LUCETTA Porque me enredaba siempre con los apuntadores. No puedo hablar teniendo un hombre bajo mis pies.

FERNANDO ¡Es raro!

LUCETTA Abandoné el arte. Me hice florista, más al poco tiempo me cansé de vender flores. Y ahora...

FERNANDO ¿Ahora, qué?

LUCETTA Ahora tú me gustas, eres mi tipo y aquí me tienes hasta el fin del mundo. (Le abraza.)

FERNANDO Sí, pero has de calcular que yo no soy rico, no puedo mantenerte.

LUCETTA ¿Y qué me importa? Te mantendré yo.

FERNANDO (Levantándose de pronto.) ¡Eh! ¿Crees tú que yo puedo aceptar?...

LUCETTA ¿Y por qué no?

FERNANDO Tú lo dices, porque no.

LUCETTA Ya comprendo, tienes alguien detrás de la puerta.

FERNANDO ¡Cómo detrás de la puerta!

LUCETTA Es una frase vulgar.

FERNANDO ¡Ah! (¡Vaya un susto!)

LUCETTA Se comprende: estás cogido entre las redes de alguna mujer casada. ¡Qué rabia me dan a mí las mujeres casadas! ¿Sabes por qué?

FERNANDO Sí, ya lo has dicho antes; no lo repitas.

LUCETTA Bah, decididamente esto se acabó. Me voy.

FERNANDO ¿Qué dices?

LUCETTA Que me marcho. ¿Estás sordo?

FERNANDO No; yo te lo suplico, no te vayas. Yo te pagaré el doble de lo convenido.

LUCETTA Guarda tu dinero para comprar un manguito a tu Dulcinea. Para nada lo necesito.

FERNANDO Te lo suplico; diez minutos, nada más que diez minutos.

LUCETTA Ni un instante más. (Intenta vestirse; él se apodera de la ropa.)

FERNANDO ¡Imposible! No saldrás de aquí. Yo sabré impedirlo.

LUCETTA ¿Cómo?

FERNANDO Por la fuerza.

LUCETTA Guarda tu fuerza para mejor empleo.

FERNANDO ¡Lucetta!... ¿No te llamas Lucetta?

LUCETTA Sí.

FERNANDO Pues bien, ¡mi querida Lucetta: mi adorada Lucetta, haz de mí lo que quieras! ¡Yo seré tu amante del corazón, tu todo, todo! Dispénsame; yo soy el hombre de los primeros impulsos, pero pasado el primer momento...

LUCETTA Vaya, pues, dejemos pasar ese primer momento. ¿Me quieres? (Abrazados vuelven al sofá.) ¿Es cierto que no quieres ni querrás a nadie más que a mí?

FERNANDO A nadie más. (Ruido dentro como de un jarro que se rompe al caer al suelo.)

LUCETTA ¡ Eh ! ¿Qué es esto?

FERNANDO Nada. El gato que enreda por ahí dentro. No hagas caso. ¡ Uf, qué calor ! Me quitaré el batín. (Lo hace.)

LUCETTA Sí, es mejor. (Timbre en la puerta.)

FERNANDO (Por fin. Ellos.)

LUCETTA Llaman.

FERNANDO Algún importuno. No hay que hacer caso ; él se cansará. (Timbre.)

COMISA. (Dentro.) Abrid en nombre de la ley.

LUCETTA ¡ Vienen a prenderte !

FERNANDO ¡ No comprendo !...

COMISA. Abrid, o derribamos la puerta. Soy el Comisario de policía.

FERNANDO No hay más remedio... Es preciso abrir.

LUCETTA Yo me escondo. (Con gran ligereza salta a la cama y se cubre el rostro con la sábana.)

ESCENA III

Los mismos, GALLARDON y COMISARIO.

GALLARD. Vea usted, señor Comisario, como el hecho es cierto. Mi mujer es esa que se oculta allí. No hay duda. En flagrante delito.

FERNANDO ¿Podré saber a qué se debe este allanamiento de morada, señores?

GALLARD. Se debe a que no me han engañado que se me engaña.

FERNANDO No comprendo.

COMISA. Calma, señores. Es preciso proceder con calma. (Dirigiéndose a Lucetta.) Señora, es de creer que en estos momentos debe usted hallarse en traje más que ligero. No le exijo que se ponga en pie, pero sí le suplico que descubra su rostro para poder dar fe.

GALLARD. Señora, muestre usted su faz adúltera.

LUCETTA (Descubriéndose y quedando sentada en la cama.)

¡Adúltera yo! ¡Vaya un bromazo! ¡Qué veo! Mi amigo el gran Pom-Pom.

GALLARD. ¡Lucetta!

COMISA. ¿Es su esposa?

GALLARD. No señor, no...

COMISA. Pues entonces...

FERNANDO (¡Tableau!)

GALLARD. Señor Comisario, yo os presento mis excusas. He sido engañado de que se me engaña... Lo siento, es decir, al contrario, no lo siento.

COMISA. ¿En qué quedamos?

GALLARD. Quedamos en que esta señora no es mi señora. Dispense usted.

COMISA. (¡Bonita plancha!... y bonita mujer resulta la individua.) (Retorciéndose el bigote y entre dientes.)

LUCETTA (¡Es un buen tipo el Comisario!)

COMISA. (Me gusta esta golfa, me gusta.) (A Fernando.) Amigo mío, no quiero interrumpir por más tiempo una conversación que debe serle muy agradable. (A Gallardón.) En cuanto a usted, no le aconsejo que para semejantes comisiones me vuelva a molestar. (A Lucetta.) Y usted, señora, si alguna vez echa de menos algún objeto perdido, no se olvide que el Comisario del distrito sabrá restituirlo.

LUCETTA Se agradece.

FERNANDO Servidor.

GALLARD. Usted perdone. (Vase el Comisario.)

ESCENA IV

LUCETTA en la cama; FERNANDO y GALLARDON en pie.

LUCETTA (Lo dicho: es un buen mozo.)

GALLARD. Querido amigo, suplico admita mis excusas. Un anónimo ha sido la causa de todo lo ocurrido.

FERNANDO ¡Un anónimo! ¿Y usted da crédito a esas repugnantes misivas?

GALLARD. ¡Oh!, yo le juro a usted, amigo mío, que ésta será la última. En este histórico momento estoy plenamente convencido de que usted es el más leal de mis amigos, y mi mujer la más fiel de las esposas.

FERNANDO Agradezco infinito vuestra franca declaración. Mas por mi parte me queda una duda, mejor dicho, una curiosidad.

GALLARD. Diga usted.

FERNANDO Al entrar usted y al descubrir su rostro la... señora, se han proferido estas dos exclamaciones: « ¡Pom-Pom! ¡Lucetta! » ¿Es que entre ustedes dos existe alguna especial intimidad?

LUCETTA ¡No! ¡Ninguna, ninguna!

GALLARD. La señora dice bien: ninguna en la mala interpretación de la palabra.

FERNANDO Pues entonces, ¿cómo se comprende el Pom-Pom y Lucetta?

GALLARD. Me explicaré.

FERNANDO Veamos.

GALLARD. Verá usted. Yo no soy joven... pero tampoco creo ser viejo. Me hallo en esa edad en que la práctica de la vida me demuestra que en este mundo nos encontramos de paso y que... y que...

FERNANDO ¿Y qué?

GALLARD. En fin, que para tranquilizar a mi señora esposa, la señora Gallardón, he creado y me he aplicado el empleo de inspector de monumentos públicos, y bajo este pretexto dispongo de cierta libertad matrimonial, que aprovecho para visitar el café Americán y...

FERNANDO Y otros cafés más o menos americanos, ¿no es así?

GALLARD. Así mismo. En todos ellos me conocen bajo distinto nombre; en unos Pom-Pom, en otros Pim-Pim y en otros Pam-Pam... ¿Comprende usted?

FERNANDO Sí, sí; una especie de Pim-Pam-Pum.

GALLARD. Precisamente. He aquí explicado mi cono-

cimiento con esta señora. Conocimiento honesto, ¿verdad?

LUCETTA Honestísimo.

GALLARD. ¡Oh! eso sí: todas mis amistades son honestas... No lo dude usted.

FERNANDO No tengo ningún empeño en dudarlo, amigo mío.

GALLARD. ¡Su amigo! ¡Oh, me place su amistad, me place!... Y tendría sumo gusto en afianzarla con unas botellas de champán en el café Americán, pongo por café. ¿Le parece a usted bien?

FERNANDO Perfectamente. ¿Pero su señora esposa, no esperará a usted esta noche?

GALLARD. No. Para ella estoy de viaje; por hoy soy hombre libre.

FERNANDO ¡Magnífico! Voy a vestirme en un momento. (Yo sabré darte esquinazo. Avisaré a Elena para que no cometa una imprudencia.)

GALLARD. Si cree usted prudente que me retire para que la señora pueda vestirse sin rubor...

FERNANDO No, no hay necesidad. Usted puede ayudarla si para algo le necesita. (Movimiento en Gallardón.) Nada, nada; entre nosotros no hay que gastar cumplidos de ninguna clase. Soy con ustedes al momento. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

GALLARDON y LUCETTA.

GALLARD. ¡Es muy simpático este mozo!

LUCETTA Mucho.

GALLARD. ¿Hace tiempo que lo conoces?

LUCETTA ¡Uy! Ya lo creo.

GALLARD. ¡Qué cosas tiene el mundo! Hace un instante yo le creía el... el enamorado de mi señora esposa, y ahora...

LUCETTA ¡A propósito, Pom-Pom: tú nunca me habías hablado de tu mujer!

GALLARD. ¡ Bah ! Tenía cosas más interesantes que comunicarte.

LUCETTA ¡ Ya estás tú buen comunicante, ya !

GALLARD. ¿Qué quieres? ¡ hay que vivir !

LUCETTA Y hay que vestirse. ¿Quieres alcanzarme aquella falda? (La que se quitó anteriormente y dejó en la izquierda.)

GALLARD. Con sumo gusto. (Ella se sienta en la cama.) ¡ Qué perfume más agradable !

LUCETTA Ahora el cuerpo.

GALLARD. Voy por el cuerpo.

LUCETTA Me tendrás que abrochar los corchetes.

GALLARD. Yo abrocharé lo que quieras.

LUCETTA Van muy prietos.

GALLARD. Si hay que hacer fuerza tendré que quitarme el chaquet.

LUCETTA Quítate lo que te plazca. (Gallardón se quita el chaquet, dejándolo en la silla de la izquierda.)

GALLARD. ¡ Bravo ! Así me encuentro más ágil. (Besando el cuerpo con deleite.) ¡ Qué cuerpo éste ! ¡ Qué cuerpo más hermoso ! ¡ Vale un tesoro !

LUCETTA Cincuenta francos.

GALLARD. No, si me refiero al interior del cuerpo.

LUCETTA Cincuenta francos.

GALLARD. Hay cosas que no se pagan con dinero. Todo el oro del mundo no bastaría para...

LUCETTA ¡ Uy !... Déjate de idealismos y ayúdame a vestir.

GALLARD. Al momento. (Al ir a ella llaman.)

LUCETTA ¡ Llaman ! ¿Quién será?

GALLARD. No sé...

LUCETTA Ve a ver.

COMISA. (Dentro.) En nombre de la ley. Abrid al Comisario de policía.

GALLARD. ¡ El Comisario !

LUCETTA Sí ; el mismo de antes. Se le habrá olvidado algo.

GALLARD. Tienes razón. (Va a abrir con el cuerpo de Lucetta en la mano sin darse cuenta de ello.)

ESCENA VI

Dichos, el COMISARIO y ELENA.

GALLARD. ¡Caracoles! ¡Mi mujer!

ELENA Señor Comisario: he aquí dos personas a la *negligé*. Flagrante delito. (Lucetta vuelve a meterse en la cama.)

COMISA. ¿Es usted el señor Gallardón?

GALLARD. ¿No me conoce usted, señor Comisario?

COMISA. En el cumplimiento de mi deber no conozco a nadie. ¿Es usted el señor Gallardón?

GALLARD. Lo soy. No puedo negarlo.

ELENA ¿Ve usted, señor Comisario? Mis sospechas han resultado ciertas. Los amantes en paños menores. Que se cumpla la ley.

GALLARD. Amada esposa, yo te explicaré...

COMISA. Aquí no hay explicaciones que valgan. Sígame usted, caballero. (Lucetta, saltando por el lado izquierdo de la cama, va vistiéndose.)

GALLARD. Pero es que hay que advertir...

COMISA. No hay advertencia que valga. El flagrante delito es indubitable.

GALLARD. Es que yo protesto.

COMISA. En el proceso verbal protestará usted cuanto quiera: aquí es todo inútil. Sígame usted, caballero. (Gallardón se pone su chaqué.)

LUCETTA Y yo, señor Comisario, ¿a quién debo seguir?

COMISA. A mí también, señora. (Pero en otro concepto. No tema usted nada.)

LUCETTA (Verdaderamente este Comisario es mi tipo.)

COMISA. Vamos. (Vanse todos menos Elena.)

ESCENA ULTIMA

ELENA y FERNANDO, por la derecha.

ELENA (Un momento de pausa. Va a la puerta de salida y al convencerse de que está sola llama a Fernando.) Perfectamente. Todo ha salido a pedir de boca. ¡ Fernando !

FERNANDO (Saliendo sonriente.) ¡ Elena !

ELENA ¿Qué te parece?

FERNANDO ¡ Magnífico ! ¡ La gran jugada !

ELENA De primera.

FERNANDO Hemos hallado la solución.

ELENA Solución completa. Nuestra tapadera.

FERNANDO Eso.

ELENA (Con pasión amorosa.) ¿Me quieres?

FERNANDO ¡ Con toda mi alma !

ELENA ¡ Un beso !

FERNANDO ¡ Un beso !

ELENA ¡ De película !

FERNANDO ¡ De película ! (Se besan.)

TELÓN RÁPIDO

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes.
5. El sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o el claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana
76. El ladrón
77. El judío errante
78. La Nazarena
79. Las Máscaras
80. El difunto Toupinel
81. El hijo del milagro
82. ¡El! En flagrante delito

Precio: UNA peseta